
Amistad teresiana

Gema Juan- Carmelo de Puzol (Valencia)

1. Una de las claves principales para entrar en el universo teresiano es la amistad. La extremada capacidad de relación de Teresa, su ingenio para crear la mejor complicidad y camaradería, para comunicarse y recibir al otro, su capacidad de adaptación y de atención, hacen de ella una mujer especialmente dotada para la amistad. Por ello, vivir en relación es el humus de un carisma que tiene raíces en esta experiencia tan humana.

Cuando empezó a hablar de oración cristiana, no habló de otra cosa: orar es tratar de amistad con quien sabemos nos ama, estando muchas veces a solas tratando con Él. Se trata de vivir en relación, de crecer en amistad.

Teresa entendió algo que Juan de la Cruz expresó muy bien: que hay que ir con todo a Dios, sin dejar nada de lo que constituye como ser humano a la persona. Comprendió que el acceso a Dios se hace, en primer lugar, a través de la propia humanidad, que implica también la humanidad de los semejantes. Después, a través de la Otra Humanidad, la de Jesucristo, como acceso íntimo, veraz e inmediato a Dios. Y, en todos los casos, la relación de amistad aparece como un tejido que hace posible ese acceso.

Cuando empezó a hablar de sí, enseguida abundó en este tema. La amistad con sus primos –ambigua–, con una criada –nociva–. La amistad con María Briceño, monja en el internado donde estuvo, que logrará un cambio importante en la orientación de su vida; la que tuvo con Juana Suárez, monja en el convento de la Encarnación de Ávila, que le llevará a elegir ese mismo convento para iniciar su pasos en la vida religiosa.

Un largo camino de amistades dibuja la vida de Teresa. Hubo seglares –mujeres y hombres–, hubo monjas, curas y religiosos. Gentes de negocios, de la nobleza, de extracción humilde. Algunas de estas amistades fueron, con sus palabras, quereres de por acá desastrados. Unas relaciones la pillaron y desubicaron de sí misma, le hicieron perder pie en la vida. Otras le ayudaron a dar forma a su personalidad, a avanzar en el propio camino y a dar lo mejor de sí.

Pero, sobre todo, desde muy pronto, tuvo compañeros y compañeras espirituales con quienes recorrió el camino de la mejor amistad. Cuando, en el Libro de la vida, escribía sobre los cinco que al presente nos amamos en Cristo, hablaba de amigos con quienes compartir la aventura espiritual de la vida. Y ya apuntaba alto: quería que se juntaran para desengañar unos a otros, y decir en lo que podríamos enmendarnos y contentar más a Dios.

Amistad como revelación de la propia verdad, que solo se descubre plenamente en relación, y amistad como impulso, como motor para vivir mejor, porque no hay quien tan bien se conozca a sí como conocen los que nos miran, si es con amor y cuidado de aprovecharnos.

Laín Entralgo definió la amistad como «una comunicación amorosa entre dos personas, en la cual, para el mutuo bien de ambas, y a través de dos modos singulares de ser hombre, se realiza y perfecciona la naturaleza humana».

Una definición muy próxima a la de Teresa que, cuando habla de amistad, se refiere a una manera de amar. Un modo de amar que implica la comunicación, el trato amoroso, y algo sustancial: la necesidad de dos «tú» bien definidos, dos modos singulares, al decir de Entralgo. Definidos –porque la amistad auténtica no permite que un amigo engulla al otro–, pero armonizados e identificados, por la calidad de la comunicación entre ellos.

Hay una experiencia que transforma completamente a Teresa y la resitúa en su forma de vivir cada amistad: el encuentro con Jesucristo. La pasión de su personalidad no se diluye ni disminuye, pero queda redefinida. A partir de ahí, la verdad y el bien mutuo quedan por encima de todo. Y con una dirección muy clara: crecer. Como diría Entralgo: perfeccionar la naturaleza humana.

Todavía existe una tendencia a deshumanizar la santidad, la tentación de desnudar a los santos de su naturaleza. Cuando sabemos que la Gracia transforma, renueva y encauza, pero no destruye ni aniquila, porque Dios ama la vida y a los seres humanos... porque Dios se hizo hombre.

Teresa es un vivo ejemplo de esto y sigue ofreciendo su palabra de mujer y de creyente: que no niega la carne, con su luz y su sombra, su encanto y sus defectos, pero que apuesta a la vez por el espíritu –la fuerza íntima del ser– y por el Espíritu que hay en ella.

Especialmente en su epistolario, podemos ver a Teresa disfrutar de la amistad. Allí la descubrimos diciendo a los amigos la necesidad que tiene de su presencia, el amor que la anuda a ellos, haciéndole sufrir y gozar. Aparece dando mucho de sí, reclamando a veces atención, buscando siempre la correspondencia y expresando sus desencuentros también.

Cicerón tenía razón al decir que el mundo en que vivimos se halla menesteroso de amistad. Y ahora, sobre todo, necesitado de saber cómo conservarla. En nuestras sociedades, las posibilidades de relación se han multiplicado, pero también la fragilidad y la dificultad para hacer que las relaciones sean duraderas, resistentes a los vaivenes y contradicciones de la vida.

Merece la pena dedicar un segundo escrito a recoger retazos de las cartas teresianas, donde la vida se vuelve maestra, y un tercero a ese difícil y necesario arte que es durar en la amistad.

2. Teresa de Jesús vivió a fondo la amistad, con una amplitud e intensidad que le hacían tener sabiduría y horizonte.

Extravertida y entrañable. Buena conversadora, discreta y fiel... a veces, acaparadora o celosa. Dispuesta y perseverante, a veces demasiado insistente. Su gran capacidad de ser-con, la amenazó en algún momento con ser posesiva. Y aunque alguna vez fuera brusca, al huir de cortesías y diplomacias, era sumamente amable, sincera y muy libre.

Como dijimos, el encuentro con Cristo la transforma sin deshacerla, orienta y reenfoca todo en ella. Un nuevo brillo nace de su interior, que no merma su vibrante personalidad, pero matiza su exuberancia y le da nueva hondura.

Bastan unos fragmentos de sus cartas, para ver a Teresa mujer, amiga de sus amigos, creadora de amistad por estar convencida, como diría en sus Exclamaciones, de que la amistad se disfruta más conforme aumentan los amigos: ¡Oh, amor poderoso de Dios, cuán diferentes son tus efectos del amor del mundo! Este no quiere compañía por parecerle que le han de quitar de lo que posee; el de mi Dios mientras más amadores entiende que hay, más crece.

La pretensión de conocer mejor a Teresa no es mera curiosidad, sino el deseo de devolver la espiritualidad cristiana a su lugar en la experiencia humana, como catalizador de lo más auténtico y profundo del genio humano. Retornar la mística a su verdad: su capacidad para desarrollar en plenitud lo humano. Y es, como descubrió Ernesto Cardenal conversando con Thomas Merton, una muestra luminosa de que la única «vida espiritual» que existe es la que se da en la vida real.

Teresa expresa sus sentimientos y también sus necesidades en la amistad. Tiene preferencias, exigencias... y desengaños. Y tiene, sobre todo, un torrente de amor para compartir. Firmaría, porque es su experiencia, las palabras de Rilke, cuando decía que los verdaderos amigos producen, el uno para el otro, espacio, anchura y libertad. Dejémosla hablar:

A su querida amiga y hermana María de san José le dice: Harto consuelo me daría verla, porque hallo pocas tan a mi gusto, y quiérola mucho... yo me espanto de lo que la quiero. No tiene que pensar la hace ninguna en esto ventaja.

María Bautista, carmelita descalza también, es otra de las más queridas amigas de Teresa y le confiesa que: ha ordenado el Señor las cosas de manera que no la pueda ver. Yo le digo que me pesa harto harto, porque es una de las cosas que ahora me diera consuelo y gusto, y añade: parece que me ha consolado en la pena que me da irme sin verla, la que ella tiene de lo mismo.

Cuando habla de los buenos amigos, dice por qué lo son y le cuenta a Gracián que está aquí mi buen amigo Salazar, que, no más que le escribí tenía necesidad de hablarle, ha rodeado hartas leguas; amigo es de veras. Por eso, después no esconde su añoranza: ¡Oh, quién pudiera ahora hablar a vuestra merced para darle cuenta de muchas cosas!

Teresa se queja a sus amigos porque sabe que lo que no se cultiva, muere. Dirá a otra de sus hermanas, María de Jesús: a tener mi mala cabeza y negocios, vuestra caridad tuviera disculpa en haber tanto que no me escribe; mas no habiendo esto, yo no sé cómo me deje de quejar... si pudiese, yo las escribiría tan a menudo que no las dejase dormir en olvidarme tanto.

Y se interesa vivamente por lo que viven y sufren. Dirá a María de san José y sus hermanas de Sevilla: No sé cómo callan tanto tiempo, que por momentos querría saber cómo les va.

Se destapa ante María Bautista, al decirle, respecto del amigo común que es el P. Domingo Báñez, que yo no sé cómo sufro que tenga tanta -amistad- con mi padre. Y ante su amigo Álvaro de Mendoza, diciéndole: como vuestra señoría tiene muchas santas -las hermanas de Valladolid-, va entendiendo las que no lo son, y así me olvida.

Con Jerónimo Gracián, de los primeros descalzos, se conmovió en Teresa lo más profundo. La comunión espiritual que alcanzaron fue de gran hondura y también su alma de mujer vibró particularmente. Desde esa unión le escribe que va mucha diferencia de hablar conmigo misma (que es esto vuestra paternidad), a otras personas, aunque sean mi misma hermana.

Con él, experimenta el descanso que regala la amistad: Sepa que tengo hartos mejor la cabeza que cuando comencé la carta; no sé si lo hace lo que me huelgo de hablar con vuestra merced. Y la solidaridad en el sufrimiento: yo ahora ya no merezco padecer, si no es sentir lo que padece quien bien quiero, que es hartos mayor trabajo.

También supo de soledad. No aquella tan deseada, que le llevó a escribir a su querido amigo Gaitán: mi inclinación natural es siempre estado de soledad. Ni la que las circunstancias de la vida le depararon ocasionalmente, como cuando desde el monasterio de la Encarnación escribía a su hermana, Juana de Ahumada: hartos la echo menos acá, y sola me hallo.

Soledad dolorosa fue la sufrida por los amigos que fallaron, que no estuvieron en momentos difíciles o parecieron olvidarse de ella. Resumen de ello puede ser lo que escribió a Gracián en un momento de necesidad en que desaparece incomprensiblemente. Teresa le dice: de manera he sentido esta ausencia, a tal tiempo, que se me quitó el deseo de escribir a vuestra paternidad... y concluye que así se va entendiendo qué poco hay que fiar si no es de Dios.

Podríamos seguir, pero basta recordar el doble pensamiento que Teresa deja en sus cartas. El valor de la amistad: es de tener en mucho un buen amigo el día de hoy y la importancia del Amigo que puede enseñarla: el verdadero amigo de quien hemos de hacer cuenta es de Dios porque siempre es verdadero amigo cuando queremos su amistad.

3. La amistad auténtica pide ser duradera, pero la vida cotidiana demuestra lo complejo que es mantener vivas las relaciones. Laín Entralgo había dicho que la amistad no llega a ser auténtica si no está constantemente naciendo de nuevo. Conservar la amistad es hacerla renacer continuamente, hacer que crezca, porque, como dice Teresa, quien no crece, decrece... el amor tengo por imposible contentarse de estar en un ser -fijo e invariable-, adonde le hay.

Teresa habló largamente de qué hacer para que perviva la amistad, para durar a quererse el uno al otro, y Laín Entralgo dedicó varias páginas de su estudio *Sobre la amistad*, a la conservación de la amistad. Ambos hablaron de franqueza, respeto y fidelidad, de libertad y compromiso.

Todas estas notas van inevitablemente de la mano. En *Camino de Perfección*, al hablar de la verdadera amistad, decía Teresa: no les sufre el corazón tratar con ellos -los amigos- doblez, porque si les ven torcer el camino, luego se lo dicen, o algunas faltas; no pueden consigo acabar otra cosa... y concluye: esta manera de amar es la que yo querría tuviésemos.

Después, sus cartas contienen una especie de letanía: Con quien bien quiero soy intolerable, que no querría errase en nada... Es el mal que mientras más amo, menos puedo sufrir ninguna falta.

Al P. Gonzalo Dávila le brinda esa franqueza al decirle: el amor que le tengo, me hace hablar con libertad. Y todavía antes, le había escrito: yo he hablado con vuestra merced con toda verdad y, a mi parecer, he hecho lo que estaba obligada en nobleza y cristiandad.

La amistad pide nobleza y llaneza. Por eso dirá Teresa al P. Ambrosio Mariano algo esencial: cuando hay cosa de conciencia, no basta amistad, porque debo más a Dios que a nadie. Solo desde ahí se puede sostener la amistad, desde la verdad de cada quien.

Para Teresa, la amistad es amor sin poco ni mucho de interés propio. Y, como apuntaba Entralgo, la franqueza y la liberalidad solo llegarán a ser fuente y sustento de una verdadera amistad cuando de ser 'tendencias naturales' hayan pasado a ser 'hábitos personales'. Cuando la gratuidad se cultive con plena libertad.

Entralgo anotaba también la imaginación como uno de los puntos importantes para conservar la amistad. Intuir, imaginar lo que el amigo prefiere o lo que le conviene, mirar lo que es bien para aquel alma, dice Teresa. Porque el amigo todo lo que desea y quiere es ver rica aquella alma [al otro amigo].

Lo humano y lo divino van siempre de la mano en Teresa, también en la amistad, en el deseo continuo de bien para el amigo y de compartir lo que se tiene. Al mismo A. Mariano le decía: en lo que le pienso servir la amistad es en encomendarle a Dios. Y a un amigo dominico, fray Bartolomé de Medina, le envía una trucha: paréceme tan buena, que he hecho este mensajero para enviarla a mi padre el maestro fray Bartolomé de Medina.

Igualmente, en la amistad se comparte la pena y la alegría. Y escribe Teresa: ¡Oh, qué placer me ha hecho de decirme de la salud del padre fray Pedro Fernández!, que he estado con pena, que sabía de su mal y no de su salud.

Todavía otra nota propuesta por Entralgo es el discernimiento afectivo. Discernir, decía él mismo, lo que para cada amistad es importante o decisivo y ser capaz de soportar pequeñas decepciones. Teresa hablaba de no andar con damerías, con remilgos y melindres. A su amiga y hermana María Bautista, le dice: déjese de esas damerías y no le deje de escribir -a un amigo común-, sino procure libertad en sí poco a poco. Libertad para el amor, para la fidelidad.

Queda recordar que la amistad implica la camaradería, la búsqueda de bienes objetivos que se comparten y de los que puede participar un grupo más amplio. Teresa no se cansará de recordárselo a sus hermanas: todas juntas se ofrecen... todas ocupadas en oración... darnos todas al Todo... todas hemos de procurar de ser predicadoras de obras.

Antes, había sentenciado que para ser verdadero el amor y que dure la amistad, hanse de encontrar las condiciones. Ese encuentro solo puede hacerse desde la reciprocidad y poniendo en marcha lo que da solidez a la amistad. Desde ahí, se entienden mejor las palabras que dice a sus hermanas: aquí todas han de ser amigas, todas se han de amar, todas se han de querer, todas se han de ayudar.

Cuando se trata de la amistad con Dios, Teresa añade que la condición de Dios, ya se sabe que no puede tener falta. Su condición es amar y, por eso, siempre que queremos tornar a su amistad, está dispuesto, porque nunca se cansa de dar.

Terminamos con una carta a carta a María de Mendoza, donde Teresa describe, a través del Amigo, cómo se es verdadero amigo: mirando en verdad al otro, haciéndose cargo de quién es y buscando su bien: de todas sus cosas de vuestra señoría tiene Su Majestad particular cuidado, que es muy verdadero amigo. Fiémonos que ha mirado lo que más conviene a las almas.

Publicado en <http://blogs.periodistadigital.com/juntos-andemos.php> octubre 2013.